



PREFACIO

El décimo ciclo de conferencias “El Historiador frente a la Historia”, que desde 1990 organiza cada año el Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Nacional Autónoma de México, se llevó a cabo en la primavera de 2000 y tuvo como eje la historia económica en México. De acuerdo con los propósitos que persiguen estos ciclos de conferencias de servir de espacios para discutir diversos aspectos del quehacer histórico y sus relaciones con otras disciplinas, este décimo ciclo se ocupó de abordar tanto algunos de los aspectos estudiados por la historia económica en México como los diversos problemas que son comunes a los historiadores que se encargan de su estudio y a los economistas que se interesan por las cuestiones históricas relacionadas con su disciplina.

La historia económica de México es un campo en el que el Instituto cuenta ya con un grupo de investigadores dedicados a su estudio, quienes han establecido contactos con especialistas de otras instituciones y otros países y han logrado articular sus investigaciones alrededor de diversos proyectos, todo lo cual ha redundado en aportaciones de verdadero interés sobre los procesos económicos mexicanos que han visto la luz en diversas publicaciones. Una muestra de las ventajas de esta colaboración interinstitucional es el presente volumen, en donde participan, además de tres investigadores de Históricas, otros cinco de distintas instituciones, como son los centros de Estudios Económicos y de Estudios Históricos de El Colegio de México, el Centro de Investigación y Docencia Económicas, A. C., y el Instituto de Investigaciones Doctor José María Luis Mora.

Los ocho trabajos aquí recopilados permiten apreciar los avances considerables que se han producido recientemente en el conocimiento de la historia económica de México, motivados por el ensanchamiento de los campos de estudio y la incorporación de

enfoques procedentes de diversas disciplinas y de otros campos del conocimiento histórico. De igual manera, nos dejan ver las carencias que todavía enfrenta y que deberán ser subsanadas para su mejor desarrollo.

De entrada, queda de manifiesto la importancia que reviste el diálogo entre historiadores y economistas para ampliar las perspectivas de ambos y para reflexionar sobre los temas y problemas que les son comunes, como bien señala el trabajo de Graciela Márquez Colín con el que se inicia el volumen. Márquez nos dice que ambas disciplinas resultan complementarias, ya que a la abstracción de los modelos teóricos de los economistas los historiadores aportan ejemplos y situaciones concretas que sirven para comprobar o modificar los resultados básicos de la teoría económica, mientras que a las características individuales de los fenómenos históricos el economista aporta generalizaciones útiles para mejorar nuestro entendimiento del pasado.

Son diversas las otras cuestiones de interés que tratan los demás trabajos. Una de ellas, abordada por Carlos Marichal, se refiere a cómo se ha llegado a constituir recientemente en un campo de estudio diferenciado la historia de las empresas, que se ocupa de la evolución de las organizaciones económicas y analiza los cambios habidos en sus estructuras, estrategias y resultados. Marichal señala que en este campo de estudio primero hubo historia y después vino la teoría, y para desentrañar esta paradoja se encarga de revisar los trabajos que se han hecho en este campo de estudio, que ha despertado un interés cada vez mayor en México y América Latina, centrándose en los desarrollados por Alfred Chandler, en particular en el que analiza de las empresas ferrocarrileras de Estados Unidos.

Otra cuestión de interés abordada en este volumen es el renacimiento que ha tenido en los últimos tiempos la historia del comercio colonial, del que tratan, en forma paralela y complementaria, los trabajos de Matilde Souto y Carmen Yuste. Renacimiento que, nos dicen, se ha debido a la amplitud temática y de conjunto que ha alcanzado este campo de estudio, tanto en lo que se refiere a los espacios en que se dio el comercio colonial como a los agentes que en él intervinieron, pasando por la naturaleza y el carácter de los



intercambios, los tiempos en que se realizaron y el impacto que tuvieron. Los trabajos de Souto y Yuste también dan cuenta de la nueva perspectiva —la novohispana— desde la cual se aborda esta historia, que coloca a Nueva España en una dimensión mundial ya que los tratos comerciales propiciaron negocios de economía global, lo que ha derivado en una reconceptualización espacial de la colonia y en el establecimiento de nuevos cortes cronológicos. Asimismo dan cuenta de que esta nueva visión se encuentra, desde luego, apoyada en los numerosos trabajos anteriores, a los que se encargan de analizar.

La revisión de lo que se ha producido sobre el crédito colonial, mostrando tanto los principales temas abordados y las hipótesis que han guiado las investigaciones como señalando sus vacíos y lagunas, es hecha por María del Pilar Martínez López-Cano, quien nos dice que se ha estudiado más el crédito de origen eclesiástico y comercial y que se ha privilegiado sobre todo a la segunda mitad del siglo XVIII. También nos dice que a medida que avanza el periodo colonial se observa una progresiva integración entre las diferentes fuentes de financiamiento y que es necesario contextualizar las actividades económicas en el marco de las relaciones colonia-metrópoli. Por último, señala que faltan estudios de diversa índole, como son los relativos a periodos anteriores al XVIII y al crédito regional, entre otros.

Leonor Ludlow se encarga de explicar cómo se crearon los bancos y cuáles fueron sus distintas modalidades, comenzando por el Banco de San Carlos, que tuvo un fuerte impacto en la economía novohispana, y continuando con los bancos públicos que aparecen en el siglo XIX. Centuria a la que llama de la densidad bancaria tanto por el número de instituciones de crédito que se fundaron como por la extensión de sus servicios, la multiplicación de sus funciones y operaciones y el constante aumento en el número de sus clientes. Ludlow da cuenta de cómo, a través del estudio de los bancos, se pueden entender los cambios sufridos por la sociedad. Asimismo, da cuenta de varias líneas de investigación que se dan en el campo de la historia bancaria, señalando también que hay que revisar creencias y actitudes frente al dinero y el crédito, que forman parte de procesos históricos más largos.

En lo que se refiere al estudio de las finanzas públicas de finales del XVIII y primera mitad del XIX, Luis Jáuregui nos dice que goza de buena salud y ofrece múltiples líneas de investigación futura. Además de ocuparse de las formas en que se financió el Estado, da cuenta de los avances en la historia financiera de esos dos siglos, registrando las dificultades que ha presentado y las causas que llevaron a hacer determinado tipo de estudios y no otros. Nos dice que, en México, la historia de las finanzas públicas ha progresado considerablemente debido, en parte, a las preocupaciones por los temas financieros. También que la mayoría de los trabajos se ocupa de los ingresos del gobierno, por lo que vaticina que este campo se desarrollará por la senda, ya iniciada, del análisis del impacto de sus variables en la sociedad.

En el último trabajo que aquí se presenta, Aurora Gómez-Galvarriato se pregunta el porqué no se ha avanzado más rápidamente en el estudio de la vida económica del Porfiriato, habida cuenta del gran avance que en la historiografía de este periodo significó la publicación de la *Historia Moderna de México*, de Daniel Cosío Villegas. A partir de esta obra, a la que analiza con cuidado, Gómez-Galvarriato se encarga de revisar tanto los trabajos realizados y los avances alcanzados como las dificultades que el estudio de la historia económica del Porfiriato ha presentado después de ella. Su trabajo hace un llamado de atención para no caer en el alejamiento de la historia que ha mostrado la nueva historia económica estadounidense, retomando la propuesta tanto de Cosío Villegas como de los trabajos aquí presentados, en particular el de Márquez Colín, relativa a la necesidad de conjugar las virtudes de la economía y de la historia para lograr una buena historia económica.

Antes de terminar, quiero dejar muy claro mi agradecimiento por su entusiasta y eficiente participación en este décimo ciclo de "El Historiador frente a la Historia" a la doctora Leonor Ludlow, a quien debo tanto la sugerencia de dedicarlo a la historia económica en México como la elaboración de su interesante programa y quien, además, fue una de sus conferencistas, así como co-coordinadora del presente volumen.

Asimismo, quiero aclarar que este ciclo de conferencias debió llevarse a cabo en la primavera de 1999. No lo fue a causa de las



serias dificultades por las que por entonces atravesó la UNAM y que llevaron al cierre, por más de seis meses, de las instalaciones del Instituto. Por ello, también quiero expresar mi gratitud a los demás expositores, tanto de dentro como de fuera de Históricas, no sólo por haber aceptado participar en este ciclo de conferencias sino, y sobre todo, por no haber perdido la confianza en que algún día se llevaría a cabo. Su colaboración permitió al Instituto tanto cumplir con la función que tiene de difundir, de la manera más amplia posible entre quienes se interesan por la historia, los nuevos conocimientos generados por las investigaciones que en él se desarrollan como difundir también los generados por los especialistas de otras instituciones que en este ciclo participaron.

VIRGINIA GUEDEA
31 de octubre de 2001



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS